

ingéni a la taid que atribuye á los viaverdinos una leyenda de su viejo blasón. Muestrán se merecedores de cuantas lindeszas le dice el mote, prodigan en todas partes la heráldica presea, en edificios, sellos, telones, marcas de tabacos y botellas de cerveza; repiten la empresa en inscripciones castellanas y latinas, en discursos, en documentos oficiales, en periódicos, — que también tiene periódicos Villaverde — y hasta en los sermones sale á relucir el famoso lema, concedido á mi querida ciudad natal por la Muy Católica Majestad del Rey Don Felipe IV. Fuera el consabido lema poderoso estímulo para mis paisanos, si éstos entendieran las cosas á las derechas, pero Villaverde es la tierra de las ideas falsas, y el mote lisonjero de su blasón sólo sirve para que los villaverdinos vivan estacionarios y no suelten los andadores y entren libros y despidos por los amplios caminos de la vida moderna.

“En Villaverde — dicen sus hijos — no se hace política.” Y si se hace, pero bajo cuerda, á la callandita, de modo vergonzante, sin riesgos ni peligros, sin temor de verse derrotados y blanco de odios, rencores y venganzas. Y como por buenos que sean los diestros que están en el tendido, si los lidiadores son malos, mala resultará la corrida; para los buenos villaverdinos no hay chupa que les venga, ni capote que les saiga á gusto. Así no consiguen nunca lo que desean y viven condenados al perpetuo alcaldazgo de Don Basilio, conspicuo villaverdino, reflexivo y listo, que intriga más de lo que parece y que sabe más de lo que suponen sus paisanos.

Estos son muy celosos de sus glorias y admiradores fidelísimos de sus hombres ilustres. No son los tales, muchos, ni muy conocidos, pero los villaverdinos traen á cuento sus nombres en toda ocasión, vengan ó no vengan al caso.

Dos son los principales. El uno, general victorioso en no sé qué batallas que la Historia olvidadiza habrá registrado en sus páginas inmortales; un antiguo cosechero de tabaco, hombre nulo, cuya habilidad con istió en rodearse de media docena de ambiciosos villaverdinos, los cuales le encombraron, á fuerza de charlatanismo y demasías, hasta donde propios méritos y altas dotes de la inteligencia nunca le hubieran elevado. El general cayó pronto del encumbrado puesto y acabó sus días, triste y descorazonado en Cincinato, en mi serable ranchejo, cuidando de unas cuantas vacas físicas y estériles. En aquel retiro fué hasta el último día dechado de patriotas, mo delo de firmeza política, y allí murió como Napoleón, de una enfermedad hepática, despreciando á los villaverdinos, y burlándose de sus antiguos partidarios, — á quienes atribuía el fracaso de le echó por tierra, — y siendo objeto de la incondicional admiración de todos sus paisanos.

Para que tan ilustre nombre pasase á los pósteros — así lo dijo en cabildo pleno el pomposísimo Cicerón — el apellido ilustre del general fué aplicado á todo establecimiento público, escuela, teatro, hospital, paeo, etc., etc. Una lápida conmemorativa, — los villaverdinos se parecen por la epigrafía — señala al viajero la casa en que nació el grande hombre. La Escuela Nacional se llamó Escuela Panracio de la Vega; el hospital: Hospital Panracio de la Vega; el teatro, — un teatrillo en proyecte, nunca concluido y frecuentemente visitado por volatinés y comicotes, — Gran Teatro Vega, y así lo demás.

La otra gloria villaverdina fué un buen clérigo que nunca se acordó de su pueblo natal; un sacerdote austero, sencillez y trabajador, gran teólogo, — al decir de Don Román López — que llegó á canónico angelopolitano, y después á obispo, honor á que nunca aspiraron los villaverdinos, que nunca pensaron alcanzar, que y los llenó de alegría. “Obispo un hijo de Villaverde! ¡Cielos qué dicha! Desde entonces sueñan mis paisanos conque Villaverde llegase á ciudad episcopal. Y lo será; sí, señores, lo será. Eso y más se merecen sus piadosos hijos.

No digais en Villaverde que no tiene grandes hombres; no lo digais, por vuestra vida, porque luego os replicarán mis paisanos, así

sean jornaleros ó abogados ó médicos ó propietarios vuestros interlocutores: — “¿Y el señor General Don Panracio de la Vega? ¿Y el Ilmo. y Reverendísimo señor Don Pablo Ortiz y Santa Cruz, Obispo in partibus de Malvaria?” ... Si está presente el pomposísimo os dirá: — “¿El General de la Vega? ¿Gran político! ¿El Mecenas de todos los postas veracruzanos! ¿Mi maestro el Ilmo. señor Obispo de Malvaria? ¿Gran teólogo! Amigo, amigo. . . no hay que darle vueltas! ¡El Melchor Oano de Villaverde!”

Mi querida ciudad natal es pobre, paupérrima, como dice Don Román. Una agricultura descuidada es para ella la única fuente de riqueza, gracias á las lluvias, que allí, como en Pluviosilla, no escasean. El suelo es fértil, pero le falta riego. El Pedregoso con sus cañes hondísimo no basta para las necesidades de la tierra.

A la pobreza debemos atribuir la indiferencia de los caracteres y la tristeza de las almas. En Villaverde nada se desea, y á nada se aspira; todos están contentos con su suerte. El porvenir es obscuro y anhelar e riesgo sería una locura. El alcalde perpetuo, Don Basilio, dice, cuando de esto se trata, que en esa falta de aspiraciones está la dicha de Villaverde y la felicidad de sus gobernados. El vive muy satisfecho. Con el producto de seis ó ocho solares y de un rancho cafetero le sobra y basta para vestir á la señora alcaldesa y á su hijo, un muchacho idiota, hinchado de vanidad.

En Villaverde se trabaja poco, lo suficiente para comer, no andar desnudo y pasar el día, y ¡santas pascuas! Quien se excediese en el trabajo sería un tanto de capirota. No por eso ganaría más. Así dejara el alma en la tarea no se guardaría en el bolsillo, ni aho caría para el arcón media docena de duros. En Villaverde se gana poco y la vida es cara. Los méritos de un servidor, de un empleado, son mayores y más estimados cuando gana poco. Aquello parece una escuela de franciscana pobreza, una hermandad de miseria voluntaria. En Villaverde nadie paga, ni aunque le ahorque, más de lo que pagaron sus abuelos, allá en los tiempos felices del estanco del tabaco, época venturosa para mi querida ciudad, lo mismo que para Pluviosilla, su vecina afortunada y próspera.

Pero me diréis: — “¿Y esas haciendas, esas fincas que como Santa Clara y Mata-Espesa levantan prodigiosas cosechas?” ¿Santa Clara, Mata-Espesa, dijisteis? Pues queda dicho todo. En ellas, cifran los de Villaverde prosperidad y bienestar.

El pomposísimo Cicerón, en sus días de murria, cuando no tenía un real y se olvidaba de los grandes autores del siglo de Augusto, y renegaba de Villaverde, y no se le daba un ardite la susodicha empresa del glorioso blasón, me decía de sus paisanos:

— ¡Uos verónicos! ¡Uos verónicos! ¡Ni buenos ni malos! Para él. . . . ni pena ni gloria!

Y añadía, mesándose el copete ralo y encaneado:

— ¡Está en la sangre! ¡En la sangre!

(Continuará.)

LO QUE NO MUERE.

Mientras haya en el mundo primavera, rica de luz, de aromas y colores, cuando á coro las aves y las flores alzan un himno á Dios en la pradera;

mientras el sol, siguiendo su carrera, derrame, con rojizos resplandores, la vida y el calor, y sus fulgores pueda sañtir la creación entera;

mientras haya una madre que en sus brazos, arrullado por mágicas canciones, contemple al hijo que á sus pechos cria;

mientras tienda el amor sus dulces lazos haciendo palpitar los corazones, lozana vivirá la Poesía.

SANTIAGO IGLESIAS.

UNA BEATA

A LA PUERTA DEL CIELO

¡AN! tan! tan!

— Voy al momento, dice San Pedro, levantándose sobresaltado, de la silla.

Tan! tan! tan!

— ¡Allá voy, repitió, cogiendo una llave y dirigiéndose á la puerta.

Tan! tan! tan!

— ¿A qué tanto llamar? dijo el Santo, dando vuelta á la llave. ¿Temes helarte ahí fuera, que no puedes aguardar un instante?

— ¡Ah, Señor San Pedro! exclamó una beata, entrando como una exhalación por la puerta, apenas entreabierta, ¿cómo podéis preguntar si hace frío fuera del cielo? Ya creía que no me abrigaríais.

— Bien se vé, dijo el Santo, que usted viene de un lugar, en donde el tiempo se hace largo; pues apenas si he tardado cinco minutos en abrir.

— Pues me han parecido cinco siglos; tanta ansia tengo de unirme á mi dulce Esposo Jesucristo. ¿Dónde está?, decidme, ¿dónde está?

— Con el Padre y el Espíritu Santo. ¿Acaso puede no estar allí?

— ¡Levadme, pues, pronto á El.

— Aguarde usted un momento. ¿Qué prisa tiene usted, señora!

— Ya lo creo que tengo prisa, despues de haber pasado toda mi vida suspirando por este momento. Y también mi dulce Jesus, que me ha llamado, estará impaciente por verme.

— No digo que no, repuso San Pedro. Pero usted aún no ha sido juzgada, que yo sepa.

— ¿Juzgada? ¡Ah, sí! me olvidaba, creedlo. Decidle tan sólo que soy yo y me hará entrar en seguida; ¡ha descansado tanto en mi corazón!

— No lo crea usted. Cuando en la tierra, se entrega Jesus á los hombres es por remediar sus males; pero, en el cielo, sólo se entrega á los que le han merecido por sus virtudes, y esto sé vé mediante un juicio en toda regla: voy, pues, á juzgarla á usted.

— ¡Vost!, dijo la beata Jesus es quien me ha de juzgar.

— Olvida usted, dice San Pedro, que con las llaves del Paraíso me ha dado Jesus el poder de atar y desatar. Por tanto, yo voy á juzgarla en lugar de El. ¿Qué camino ha seguido usted, señora?

— Es el de la perfección.

— Es el mejor. Y ¿cómo la ha entendido usted?

— Pues, como la entiende la Sagrada Escritura. Desasida de todo lo terreno, creo haber seguido la senda estrecha que conduce á la patria celestial.

— Está bien. Pero ¿de qué cosas terrenas se ha desasido usted?

— Yo era jóven, dije la beata, y no contraje matrimonio.

— Pidió alguno su mano?

— No, dijo ella; pero esto podía haber sucedido algún día.

— ¿Y á esto sólo ha renunciado usted? ¿No tenía padre, madre, hermanos y hermanas?

— Hermanos y hermanas, no; era hija única; pero tenía padre y madre.

— ¿Y los ha dejado usted?

— Sí, porque dice la Escritura: “el hombre dejará á su padre y á su madre para unirse á su esposa.” ¿No debía hacerlo yo con más razón para unirme á mi divino esposo?

— ¿Temía usted, preguntó el Santo, que el quedar con sus padres fuera obstáculo para su salvación?

— Acabo de decirlo, glorioso San Pedro. El camino que yo he seguido es estrecho; y me hubiera expuesto á grandes peligros, si pretendiera pasar por él con otros dos, cuando apenas puede pasar uno solo.

— Segun y conforme, añadió San Pedro. A veces el uno sostiene al otro.

— No sucediera así conmigo; pues mis padres eran viejos y achacosos, y me hubieran detenido y retrasado mucho; además de que no tenían el mismo fervor que yo. En lugar de venir rectamente al cielo, me hubieran hecho

desviat y parar tanto, que ahora no estaría aquí.

— Creo entender á usted; pero explíquese sin comparaciones de camino estrecho y derecho. ¿En qué podían ser obstáculo á usted su padre y su madre?

— Su avanzada edad y enfermedad reclamaban exquisitos cuidados; y, estando yo con ellos, no me hubiera podido entregar al servicio de Dios, como deseaba. En vez de ir al templo, oír la palabra santa, dedicarme á la lectura espiritual y meditacion de las inefables dulzuras del amor divino, me hubiera sido forzoso ocupar todo el día en servirles y atenderles, esclava de sus caprichos y expuesta á oír sus quejas y murmuraciones incesantes; y esto, como comprendéis, me hubiera robado la paz y tranquilidad del espíritu.

— Pues ¿qué murmuraban? preguntó San Pedro.

— Sin cesar, ni dejarme punto de reposo. De hacerles caso, debía abandonar la mitad de mis devociones, á fin de hallar tiempo para cuidarlos.

— ¿Y, porno dejar las devociones, los abandonó usted?

— Era mi deber. Dios ante todo. Los dejé al cuidado de una sirvienta, y entré en un beaterio.

— ¿Para qué?

— Pues, para vivir tranquila, libre de cuidados materiales, para dedicarme exclusivamente á los ejercicios de piedad y hacerme más y más digna del amor de Jesucristo.

— Y en efecto, comprendió usted este género de vida por amor á Jesucristo?

— Sí, ciertamente. Y ahora os suplico me conduzcais punto á El.

— Todavía falta un poco, dijo el portero del cielo. Si es como usted dice, manifiéteme dónde está su cruz.

— ¡Mi cruz! dijo la beata.

— Sí, la cruz; porque Jesucristo ha dicho “el que quiera venir en pos de mí, tome su cruz y sígame.” ¿Dónde está, pues, la cruz que usted ha llevado á imitacion de Jesus?

— A esta pregunta, la beata quedó desconcertada por un momento; mas luego contestó: — He renunciado toda afecion terrena; he dejado á mi padre y á mi madre; he seguido el camino estrecho sin hacer caso de las seducciones mundanas, para venir directamente aquí.

— Aquí, aquí. . . no nos pagamos de palabras, dijo San Pedro. En todo lo que usted ha enumerado yo no veo cruz, sino todo lo contrario.

Usted, señora, dice haber renunciado á ciertas afeciones. No quiero profundizar este punto, aunque de las apariencias se deduce que si usted no ha tomado marido es porque nadie la ha pelido por mujer; y es muy cómodo en estos casos, hacer de la necesidad virtud. Cuanto al motivo de dejar á sus padres, vea más lo que significa. Segun usted dice, ha sido por emprender el camino estrecho; pero ¿no ha sido para tenerlo más ancho, cuando ha querido emprenderlo sola? . . . Dice también que ha sido por ir con más rapidez y no desviarse hacia su fin; pero usted no ignora que el camino de la perfección y del cielo no es como los de la tierra; pues los rodeos y detenciones por motivo de caridad no alejan al hombre de su fin, antes bien lo acercan á él. Y si Dios obra este prodigio con el que disminuye su marcha por ayudar al prójimo, ¿cómo más hubiera aprovechado á usted un pequeño retraso por socorrer á quien debe la vida y á quienes, por mandato divino, debe usted honrar inmediatamente despues de Dios?

— ¡Sin embargo, dijo la beata muy contrariada, Nuestro Señor Jesucristo. . .

— Nuestro Señor Jesucristo? gritó San Pedro, Jesucristo dejó á su madre por abrazar la cruz, y usted ha dejado á sus padres por huir de ella. Ciertamente Dios exige de algunas almas privilegiadas extraordinaria abnegación, imponiendo á los padres el sacrificio de sus hijos, y á los hijos el sacrificio de sus padres.

— Entonces. . . interrumpió la beata, ¿cómo saber? . . .

— Oiga usted, señora; he dicho sacrificio.

Entonces por ciertos sígans muestra Dios su voluntad, á la cual deben someterse padres é hijos, mal que les pese. Uno de estos sígans indicó el acto heroico de nuestro divino Salvador: la señal de la Cruz; y en forma de cruz propone Dios al hombre los actos sobrenaturales que de él exige. ¿Cree usted que la Hermana de la Caridad, al cuidar enfermos en los hospitales con peligro de su vida; al exponerse en el campo de batalla, por socorrer á los heridos; ó al inclinarse hacia el lecho del moribundo, para consolarle en la agonía, atiendo á sus inclinaciones naturales? ¿Que la religiosa claustral, encerrada en fría y estrecha celda, desde la juventud hasta la muerte, orando por los que no oran y castigando su cuerpo inocente en expiacion de pecados ajenos, si gue únicamente los impulsos de su corazón? ¿Que la que renuncia á los dulces y puros gozos de la vida de hija, hermana, esposa y madre para formar, mediante la educacion, hermanas, esposas y madres segun el corazón del hombre y el corazón de Dios, no ha de hacer esfuerzos para inmolarse en bien del prójimo? ¿Que la beata, la verdadera beata, no tiene cosa mejor que ofrecer á Dios (á cuyo amor aspira) que su repugnancia á los deberes naturales, su preferencia al camino fácil y cierto gustato á las prácticas de devocion? Pues, se engaña usted completamente. Estas santas mujeres, y otras muchas en situaciones análogas, son santas porque se niegan á sí mismas, á imitacion de Jesucristo, para gloria de Dios y bien del prójimo; todos sus actos, sobrenaturales, llevan el sello del sacrificio. Pero los de usted, señora, no llevan este sello; ni lo pueden llevar, porque usted nada ha hecho sobrenatural, sino precisamente contra la misma naturaleza.

— Bien sabe Dios. . . gritó ella.

— No se sulfure usted, ni apele á Dios. Yo sé lo que digo, como debe saberlo el Príncipe de los Apóstoles, á quien, antes que á nadie, se confió el depósito de la verdadera doctrina, en materia de fé y de moral. Por tanto, debo decir á usted, que ha obrado inspirada por la delicadeza, el egoísmo y el orgullo. Era un camino fácil; y usted lo halló, desatendiéndose de las obligaciones filiales; otras, en lugar de usted, habrían retrocedido, pero usted se ama sobre todo lo demás, y como este amor era un culto, buscó usted el de Dios para que le sirviera de pretexto. ¿No es obligatorio sacrificarlo todo á Dios?

Con el manto de una falsa devocion, ha ocultado usted su falta de valor, su corazón duro, y su completo olvido de los deberes más sagrados. No diré que lo hiciera por hipocresía; no ha ido tan allá su falta. Usted sentía, al fin, la necesidad de amar otra cosa, y como era muy trabajoso consagrar su afecto á sus padres, se volvió usted á Dios. ¡Dios es tan bueno! exige tan poco de la debidad de sus hijos! Es también padre, y no reclama, como mis viejos padres carnales, cuidados esmerados y repugnantes: corazón puro, tierna confianza y elevaciones de amor filial hacia El; he aquí todo lo que pide. Esto es muy cómodo en la tierra y asegura, sin esfuerzos, la felicidad en el cielo. ¿No ha sido éste su cálculo?

Y como el orgullo se mezcla en todo lo que hace el hombre, especialmente en lo malo, ha concluido usted por alucinar á sí misma, tomando en serio sus monerías de devocion, y creyendo que Dios haría gran caso de ellas. Mas lo que Dios pide á sus siervos es humildad y caridad; ¡las ha tenido usted! su confesion manifiesta que no; bajo el hábito de beata no habia más que falsas virtudes.

Si falsas virtudes, lo repito. Y con semejante equipaje viene usted á la puerta del paraíso á alborotar, á lamentarse que no abran pront y á llamar gritando, á Jesus, su divino Esposo! Jesus no es esposo de las virgenes necias. Debía tener la lámpara encendida, sirviéndose del aceite coman, y propio para ella, que Dios le ha dado; en lugar de emplear sustancias extrañas que sólo producen fuego falso y engañoso, debía usted seguir el camino trillado y coman; en lugar de emprender el de la perfección, con voluntad tan imperfecta. En lugar de buscar la comodidad en las prácticas de una devocion iluso-

ria, debía usted llevar el peso de los deberes impuesto por la Providencia. Había de servir á Dios. Para hallar á Jesus era necesario no contentarse con vanos deseos y orgullosas aspiraciones, era preciso que usted llevara su cruz; pero esto no convenia á su delicadeza, ni á su egoísmo, ni á su orgullo; y por esto la rechaza. ¿Con qué título quiere ahora presentarse delante de El? Por haber sido beata, no es usted una santa.

— Demasiado lo veo, dijo ella, ahora que la luz de vuestras palabras ha disipado la oscuridad de mis ilusiones terrenas. ¡Ay! demasiado lo veo. ¿Pero no podré, por medio de una expiacion, por larga y cruel que sea, obtener el perdón de mis pecados?

— Sí, dice San Pedro; la misericordia infinita concede á usted este supremo recurso; pero, como usted ha dicho, la pena será cruel y larga. En castigo de su orgullo, seguirá usted el camino ancho y tortuoso por donde las almas imperfectas se reconcilian con Dios; en expiacion del egoísmo, ocupará en el purgatorio el lugar de sus ancianos padres, castigados por haber murmurado contra el cielo á causa de haberles usted abandonado inhumanamente; y en pena de la delicadeza, permanecerá allí el tiempo que exija la justicia divina. Desde este momento comienza el castigo.

Segun nuestro modo de contar, hace muchos siglos que está expiando la pobre y desgraciada beata, y aún se encuentra en el ancho camino de los imperfectos.

F. V. I. Traductor.

—:o:—

RECUERDOS.

Oh! Bien lo recuerdo. Mis años corrían Tan sólo alumbrados de lánguida fé, Pingiéndome glorias que nunca acudían, Soñando venturas que en vano esperé.

Poblaban mi mente risueñas visiones Que hicieran gozoso mi pecho latir: ¡Tan sólo quimeras! No más ilusiones Que breves instantes lograban vivir!

Si á veces en mi alma se alzaba potente La voz vibradora de mi juventud, Un punto circuida de luz esplendente Brillaba de nuevo mi exigua virtud.

Mas luego, á mi calma funesta volvía: ¡Oh, estériles horas de triste inacción! Qué fuerza? Qué estímulo mi aliento movía? ¡Profunda nostalgia me hirió el corazón!

Mi cuerpo agobiaba la torpe indolencia, Y el alma gemía de tedio y pesar; Turbada de incógnito afán mi conciencia, ¡Con qué ansias mis ojos buscaban el mar!

El mar! Ese monstruo de saña y ternura Que lleva en sus senos consuelo y dolor; Atrónca, y esparce de quier la pavura, O es fiel mensajero de dicha y amor.

El mar! A mirarle mi vista no alcanza; En vano sus ondas me holgaba la esperanza: ¡Y en ellas tan sólo finqué la esperanza De á viejas venturas quizás renacer!

En vano! ¡Cuán lejos los patrios solares Que siempre amoroso regó Neveral! ¡Cuán solos y tristes mis hondos pesares! Mi madre! Mi madre! ¡Cuán lejos de mí!

Y así se dormía mi estólida calma, Soñando, alentado de tímida fé. . . Mas tú te acercaste, piadosa, á mi alma, Y al punto del sueño, mi bien, desperté.

Fué entonces que pude mi estulto maraño Con mágica fuerza de amor sacudir; Entonces en mi alma vibró el entusiasmo, Entonces ya pude tornar á vivir.

La vida! El esfuerzo, la lucha gloriosa, El ánimo heroico, risueño y audaz; Desden por los goces de paz vergonzosa, Amor por la excelsa, fructifera paz.

Y es tuya ¡oh amada! la bella conquista; Si á noble existencia mi ser renació, Mas amplio horizonte se abrió ante mi vista, Risueña la gloria más para brilló.

De mi Venezuela los valles floridos, Su cielo, sus umbres, mejor admiré, Más dulces me fueron recuerdos queridos, La voz de mi madre más cerca escuché.